

En Viaje



FIESTAS PATRIAS



E MOCIONAN los recuerdos de la infancia, sobre todo cuando evocamos esos vibrantes y soleados días de las fiestas patrias. Entonces los niños campesinos y los de la gran ciudad hermanaban sus inquietudes y su algarabía tras el pintoresco juego de volantines y de estrellas. Nunca más en nuestra vida hemos visto colores tan encendidos como los de esos verdaderos pájaros de papel de seda. Había genuino alborozo en los ojos de la infancia que controlaban con pasión y maestría las nerviosas y espectaculares fugas de los volantines, aflorando gritos de triunfo si un hilo envidriado despachaba a un volantín o una estrella hacia sitios vecinales o hacia la copa de altos y esbeltos álamos.

Nadie se enojaba por una derrota en el cielo azul. Es que esa infancia recorría las calles y los barrios con un ánimo decididamente alegre, por cuanto ostentaba nuevos y hermosos trajes, gorras marineras, finos sombreros y deslumbrantes zapatos. Todavía más: sabían que sus padres iban a las embanderadas ramadas y que en la casa la madre se afanaba preparando las jugosas empanadas y la opulenta y olorosa cazuela de ave. Y que los mismos muchachitos podían emplear algunos vigorosos pesos de ese entonces en cualquiera golosina o refresco.

Pasaban las bandas militares con sus coruscantes instrumentos, perforando el fresco aire de las mañanas con marchas legendarias y heroicas. Siempre se extraviaban algunos niños de provincias siguiendo a los marciales músicos, pero luego aparecía un policía generoso de alma que orientaba a los curiosos y sorprendidos extraviados hasta sus propios hogares. O a la de algún vecino, en último caso.

Hasta los pueblos más humildes exhibían nuevas y brillantes pinturas en sus casas, mientras grandes banderas ondeaban al viento de la tarde. Intensos eran sus azules, sus rojos y sus blancos. Existía como una rivalidad en lucir la mejor bandera de la casa. Se mantenían hermosas y puras durante todos los días patrios. Ni el traveso polvo de los caminos lograba opacar su lana, su algodón o su seda.

Las ramadas de las ciudades y los pueblos competían en su presentación y estética, contratando los más renombrados conjuntos musicales como asimismo a las cantadoras de mayor jerarquía. No reparaban en gastos sus propietarios. La aspiración fundamental de todos era la de que el pueblo lo pasara bien, en constante euforia, entre asados, empanadas y picantes causeos. No había preocupación en gastar dinero: la clientela no raleaba mañana, tarde y noche.

En los campos aún se centraliza la fiesta patria en una sola gran ramada, donde los huasos y las huasas vibran recia y alegremente bailando la tradicional cueca, palmoteando con resuelta energía o tamborileando la guitarra o el arpa con pícaro apasionamiento. Siempre consulta el programa carreras a la chilena. No vacilan un instante los dueños de caballos o de yeguas en aceptar un repentino desafío, porque aflora de inmediato el ancho orgullo del huaso por su bestia.

—¡Ni en la quebrada del ají me la ganan con este tordillo!

Y otra vez las ramadas constituirán una robusta expresión de jolgorio, entre guitarras, pianos y acordeones, mientras los potrillos de chicha y de vino circularán de mano en mano con la tradicional euforia del auténtico roto chileno, del huaso y del minero.